

tal claridad, que durante muchos minutos estuvo privado de la vista.

Matilde despertó del mágico sueño en que habia caído durante su descenso al reino de los duendes, con una armonía encantada de sonidos. Abrió los ojos, y observó, con gran admiración, que venia acostada en una cama, estera, ó llámese lo que se quiera, de una rica esmeralda. Sobre su cabeza pendían flores maravillosas de los mas vivos colores: mariposas, de un esplendor nunca visto, aleteaban al rededor de su lecho con refrigerantes piñones, y la abanicaban con un aire tan suave y saludable, que la jóven jamas habia respirado con semejante delicia. Pero toda la magnificencia, la viveza y esplendor, eran enteramente distintas de lo que hay sobre la tierra, donde hiera el Sol. Las flores y yerbas eran en verdad brillantes; mas parecían sin jugo, representándose como de cristal. Aun las mariposas tenían un movimiento especial, como el de un sonámbulo involuntario. Los tonos armoniosos que gradualmente se iban haciendo mas altos y arrobadores, eran tan estáticos, y convidaban á un sentimiento tan delicioso, que Matilde hubiera querido de buena gana, prorumpir en gritos de júbilo; pero sintió que no podia hablar ni gritar, y sin embargo, la vista, el tacto y oído eran mas vivos que nunca.

De este modo quedó inmóvil algun tiempo, fijando la atención agradablemente en las encorvadas flores y enjambres de mariposas. Al fin, la multitud alada se dispersó, acercándose á la cama dos ligeras formas de duendes, y haciéndole señas de que se levantase y los siguiese.

Matilde se paró; y los duendes, que con dificultad alcanzaban á sus rodillas, tomándola entre ámbos, la condujeron por una puerta de madre de perla, hácia un espacio ilimitado, donde se movían confusamente innumerables millones de duendes. La conversacion de estos semi-espíritus resonaba á lo léjos armoniosamente, á manera de una música perfecta. Sin embargo de ser infinita la multitud, no habia tumulto ó alboroto alguno. Todos estaban en el mejor orden, y se inclinaban hácia la avergonzada y espantada doncella, ordenando graciosamente sus gorros de flor. Lo que mas confundió á Matilde, fué ver que no solamente sobre su cabeza formaba bóveda un cielo matizado de estrellas, sino que tambien bajo sus piés se descubria el mismo esplendor magestuoso y estrellado, como si el pequeño pueblo de duendes se pasease por entre dos cielos, en un vapor de la blancura de la leche, que se movia por debajo de ellos, de la misma manera que las nubes. Cada duende tenia los zapatos de vidrio ó cristal, si es que lo que

llevaban en los piés merece ese nombre. No obstante, es probable que los miembros pulidos de estos seres perplejos, engañaban solamente la vista de la pobre jóven con semejante apariencia.

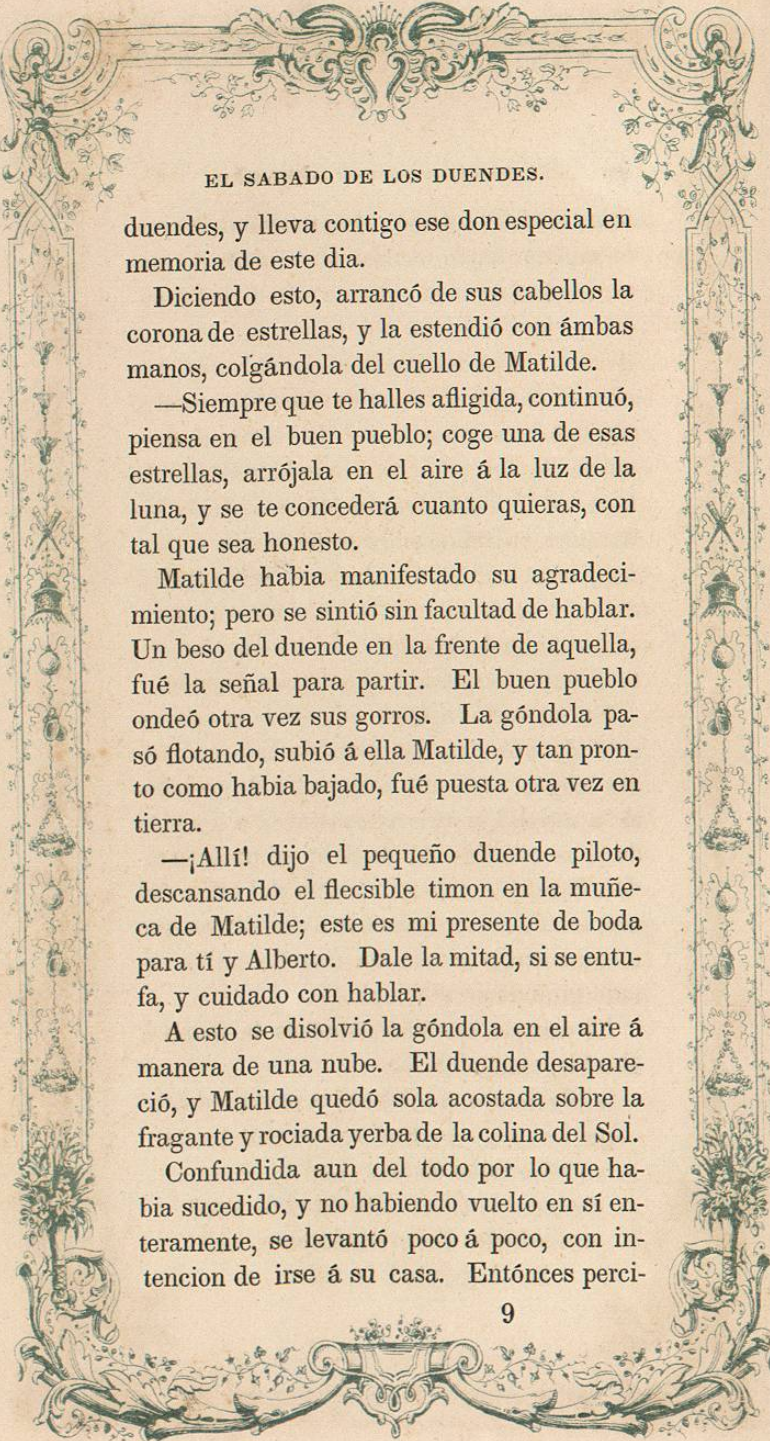
En el medio de ese inmenso espacio se levantaba un templo de oro, plata y piedras preciosas, que alcanzando al cielo con sus elevadas columnas, estaba decorado con una luz tan pasmosa, que á pesar de la estrema refulgencia, no deslumbraba. En lo interior de éste estaba el mas hermoso y alto de los duendes, colocado en un globo luminoso, que daba de vueltas sin cesar. En sus cabellos de oro brillaban estrellas. El gozo y el éstasis se veian resplandecer en su hermosa y pálida cara, como una aureola, ocultando el vestido vaporoso su figura, como un finísimo velo. La innumerable hueste se acercó en tropel hácia ella, pues la sublime criatura representaba ser la sacerdotiza de toda la raza duenduna. Matilde fué llevada mas adelante, para que pudiese ser testigo de la adoracion singular que se solemnizaba. No se hablaba ni una sola palabra, ni se entonaba himno alguno; solo se dirigian miradas de súplica y esperanza, en las que tomaban parte todos los duendes, dando vueltas sobre sus relucientes piececitos. Pocos minutos despues, una espresion de gozo en los semblantes de los adoradores anunció el tér-

mino feliz del sábadó. Las estrellas del cielo superior bajaron como lentejuelas de plata, colgándose en el radiante pelo de los duendes, y dándoles una apariencia tal, como si llevasen luces danzando en sus cabezas. Un alto y melodioso tono de regocijo penetró por todo el vasto edificio. El radiante templo se elevó y hundió. Un verdoso dosel de hojas se formó á manera de bóveda; y los duendes, cruzando entre sí sus brazos y piernas, comenzaron á volar con la velocidad del rayo al rededor de la gran sacerdotiza y la deslumbrada Matilde, que insensiblemente se habia acercado á la hermosa duende.

En un corto instante se separó la cadena sutil de duendes, agrupándose en numerosas hileras; cada uno desprendió de su cabeza la estrella, y vino á depositarla á los piés de la sacerdotiza, donde al fin se unieron todos, formando una gran esfera del brillo del oro, semejante esactamente á aquella en que el principal y celebrante duende habia estado girando en el templo.

El duende estendió entónces la mano á Matilde, diciéndole:

—Te damos gracias por la prontitud con que has seguido á mi mensajero á este nuestro reino oculto. Con tu presencia has realizado la festividad de nuestro sábadó. En remuneracion, recibe la gratitud de todos los



EL SABADO DE LOS DUENDES.

duendes, y lleva contigo ese don especial en memoria de este dia.

Diciendo esto, arrancó de sus cabellos la corona de estrellas, y la estendió con ámbas manos, colgándola del cuello de Matilde.

—Siempre que te halles afligida, continuó, piensa en el buen pueblo; coge una de esas estrellas, arrójala en el aire á la luz de la luna, y se te concederá cuanto quieras, con tal que sea honesto.

Matilde habia manifestado su agradecimiento; pero se sintió sin facultad de hablar. Un beso del duende en la frente de aquella, fué la señal para partir. El buen pueblo ondeó otra vez sus gorros. La góndola pasó flotando, subió á ella Matilde, y tan pronto como habia bajado, fué puesta otra vez en tierra.

—¡Allí! dijo el pequeño duende piloto, descansando el flecsible timon en la muñeca de Matilde; este es mi presente de boda para tí y Alberto. Dale la mitad, si se entufa, y cuidado con hablar.

A esto se disolvió la góndola en el aire á manera de una nube. El duende desapareció, y Matilde quedó sola acostada sobre la fragante y rociada yerba de la colina del Sol.

Confundida aun del todo por lo que habia sucedido, y no habiendo vuelto en sí enteramente, se levantó poco á poco, con intencion de irse á su casa. Entónces perci-

EL SABADO DE LOS DUENDES. 55

bió á Alberto, que, con los brazos cruzados, estaba torpemente con la vista clavada y desatinada en el bosque de abajo. Matilde tosió.

—Por lo mas santo, ¿dónde y á qué parte ibas bailando? (Este saludo de su amante no era de lo mas tierno.) Allí os ví parada cuando iba yo subiendo la colina; los relámpagos y corrientes de fuego me cercaban por todas partes, y sin embargo, he estado aquí cinco minutos enteros, corriendo en todas direcciones, sin que fuese posible hallar vestigio alguno de vos.

—¡Solo cinco minutos! exclamó Matilde; ¡cosa estraña!

—Sí, y no os ofendais: no habeis obrado de lo mejor, respondió Alberto. ¡No os habia suplicado que me esperáseis?

—¿Por qué queríais torcerle al duende el pescuezo? dijo la doncella riéndose. Tranquilizaos, Alberto; la cosa va mucho mejor de lo que pudiera.

—¿En qué? gritó el mozo.

—¡No importa! Todo está ya hecho; y verdaderamente, querido muchacho, no nos arrepentirémos de ello. Ven, vamos á casa.

—¡Oh! basta: ¡querido muchacho! ¡Cosa admirablemente sábia y de gran proteccion!

—Pues bien, buen Alberto, dijo Matilde lisonjeándolo; no mas, vámonos de aquí y

no os enojeis. Dentro de cuatro semanas nos casaremos.

—¡Dentro de cua-tro-se-ma-nas! balbució Alberto.

—Sí, en tres aun, si lo quieres mas bien, charló Matilde llena de alegría. El buen pueblo, continuó ella demasiado quedo, nos ha proporcionado casarnos. Así es que, procede con cordura, estate quieto, y no seas porfiado; *ó de lo contrario, ¡todo ha concluido entre nosotros: ha acabado del todo!* ¿No sabes que nací en domingo, y estoy bajo la proteccion especial de estas criaturas benévolas, pequeñas y poderosas?

El zeloso jóven siguió á la doncella con repugnancia. Mientras venia andando, murmurando al lado de ella en voz baja, notó con la luz de la luna en llena, una cosa que se agitaba en el pelo de Matilde. La examinó de mas cerca, y se quedó parado.

—¿Cómo llamas esa nueva moda, preguntó en tono de mal humor, la idea de colgarse en el pelo setas desecadas? Con solo que vayas de dia á pasear al arroyo con ese primor, los muchachos irán tras de tí, y te apuntarán con el dedo.

—¡Setas! replicó Matilde. ¿Por qué? ¿Dónde tienes otra vez los ojos?

—Bien, ¿por ventura quieres llamarles coronas de plata? Gracias á Dios, mi vista está bastante buena todavía para conocer la

diferencia que hay entre hongos secos y dinero acuñado.

—Son estrellas relucientes, señor, dijo Matilde concisa y decididamente.

—¡Oh! ¡Sí, ciertamente! prosiguió Alberto. Pues bien, para otra vez, os recomiendo que escojais unas que resplandezcan algo mas.

Los amantes llegaron, entretanto, á la choza del cantero. Alberto entró con Matilde. El padre estaba acostado durmiendo al lado de la estufa. La madre daba vueltas al torno.

—¡Buenas noches, madre! dijo Alberto. Tened la bondad de manifestar á esta jóven presumida, que su tocado es lo mas despreciable que se ha podido ver.

—¡Qué! dijo admirada la señora, con un movimiento de cabeza. ¡Matilde no tiene otro adorno, al ménos que yo vea, mas que su hermoso pelo, que Dios se lo conserve largo tiempo.

Alberto, en lugar de responder alguna cosa, iba á poner á la hija ante los ojos de la madre; pero Matilde se había quitado ya en la puerta de la calle el presente del duende, poniéndose descolorida, al ver que realmente traia hongos secos en un liston, entretejidos con junquillos marchitos. Alberto observó su perplejidad, y se rió. Le hizo mofa, y arrancó dos ó tres setas de la cadena, con el objeto de recoger materiales para di-

vertirse despues. Esta fué la señal de su reconciliacion. Matilde aseguró á su amante una y muchas veces con serenidad, que dentro de un mes se verificarian sus nupcias. Para que el fatigado anciano no se molestase, se fué Alberto á su casa temprano, y Matilde se apresuró á guardar por algun tiempo con mucho cuidado los presentes del duende, que parecian muy enjutos.

Al día siguiente, Alberto se iba temprano á su trabajo, cuando al ponerse la chaqueta, oyó que algo sonaba dentro.

Naturalmente su sorpresa fué grande, sabiendo que no habia en ella dinero. Inmediatamente metió la mano en la bolsa, y sacó dos piezas de oro grandes y antiguas. Al momento se acordó de que en la noche anterior se habia embolsado las setas que arrancó á Matilde. Una alegría extraordinaria se apoderó de él. Olvidó el trabajo y todo; partió y corrió hácia la casa del cantero, tan pronto como se lo permitieron sus piernas.

Matilde estaba en el arroyo en frente de la puerta de su casa, lavándose sus blancas y pequeñas manos en la clara corriente.

Buenos días, querida Matilde. ¡Bendi-

ta sea mil veces tu linda cabeza! le gritó Alberto acercándose á la carrera. Mira, mira, cómo se han trasformado tus setas! ¡Si las otras tambien cambian del mismo modo, temo deber perdonar, á pesar de todo, á ese enanito que ha sido contigo tan esmeradamete cortes!

—¡Delicioso! ¡Delicioso! exclamó Matilde, contemplando las piezas de oro. Las mias todavía no se trasforman; pero no importa, pues anoche una trencita de junquillo, con la que el duende me dirigió á su reino de portentos, ha brotado preciosas perlas y brillantes, y dos guirnaldas centellantes están allá arriba dentro de mi gaveta.

La agradable sorpresa ahogó las palabras en la garganta de Alberto; pero Matilde lo metió adentro, y le descubrió las glorias que habia tenido en el mundo de los duendes.

—No dejemos de hacer cuanto pueda contribuir á nuestra fortuna. Toma por ahora la pequeña guirnalda. Tal es el deseo del ser misterioso que ecsigió mi asistencia al sábado de los duendes.

Alberto recibió el presente con el corazon ablandado. Imploró el perdon de Matilde por su falta; ella se lo concedió de buena gana, y ántes de que hubiesen pasado cuatro semanas, los amantes fueron marido y muger.

Matilde jamas habló de su aventura en la

víspera de la pascua de Espiritu Santo. Tanto mas tuvo que decir sobre esto su madrina Helena, pues no le fué difícil conjeturar que los duendes habian metido su mano próspera en el matrimonio de su ahijada. El cantero dejó luego su laborioso ejercicio. Alberto llegó á ser dueño de una moderada propiedad que cultivó con mucha diligencia en compañía de su amada Matilde; y como les venian hijos tras hijos, todos bellos, la feliz madre puso en el seno de cada uno una hoja encojida de la cadena del duende, por habérselo aconsejado así su pequeño guia, cuando una ocasion, en una hora de vacilacion, lo llamó en su auxilio. Alberto y Matilde llegaron á una edad muy avanzada: sus hijos prosperaron y conservaron cuidadosamente, de la misma manera que sus padres, los presentes que habian recibido de la gente subterránea, la cual continuó sus favores hasta ellos y toda su posteridad.

E. W.

